

Recuerdo de Vicente Gerbasi

Plinio Apuleyo Mendoza
(Especial para El Universal)

Este texto que hoy ofrecemos a nuestros lectores es un paseo por la memoria y la vivencia de este prestigioso periodista colombiano, quien conoció en diversas facetas de su vida al poeta y diplomático Vicente Gerbasi. También estará incluido en la reedición del libro *Así es Caracas*, que realiza la editora de libros de bella factura Soledad Mendoza y que pronto estará en circulación. Será la actualización del libro que el padre de ambos, Plinio Mendoza Neira —quizás el embajador de Colombia en Venezuela más querido y respetado— hiciera durante su servicio diplomático en el país, como testimonio de su fecunda relación con los intelectuales caraqueños.

A Vicente —y cuando digo Vicente sólo me viene a la mente el nombre de Vicente Gerbasi— lo conocí cuando yo era todavía un niño y en una ciudad que ya no existe. Esa ciudad apacible, de tejados coloniales, de lentos tranvías y de campanas profundas que repicaban al tiempo a la hora del crepúsculo, se llamaba Bogotá, y si digo que no existe es porque, luego de siglos transcurridos bajo los aleros de una vida parroquial, fue devorada en una sola tarde por las llamas del "bogotazo", el 9 de abril de 1948. La de hoy se llama igual, es grande y confusa y a veces tremenda, pero nada tiene que ver con aquella, la de nuestra infancia remota. No es la misma.

Según García Márquez, quien llegó allí por la misma época y probablemente por las mismas razones de Vicente Gerbasi, Bogotá era entonces "la ciudad de lloviznas heladas donde vivían los poetas". Allí, dice él, estaba lloviendo sin misericordia desde comienzos del siglo XVI. Pero, cosa rara, además de la lluvia, había otra leal y constante compañera de la ciudad. Era la poesía. Estaba en todas partes, dice García Márquez, quien, por cierto, pasaba las tardes de domingo sentado en un tranvía leyendo versos. "Uno levantaba la alfombra con la escoba para esconder la basura, y no era posible —dice—, porque allí estaba la poesía; abría el periódico, aun en la sección económica o en la página judicial, y ahí estaba; en el asiento de la taza de café, donde quedaba escrito nuestro destino, ahí estaba. Hasta en la sopa. Al menos allí la encontré Eduardo Carranza: "Los ojos que se miran a través de los ángeles domésticos del humo de la sopa". Jorge Rojas —sigue diciendo García Márquez— la encontró en el placer lúdico de una greguería magistral: "Las sirenas no abren las piernas porque se quedaron escamadas".

Daniel Arango la encontró en un endecasílabo perfecto, escrito con letras urgentes en la vitrina de un almacén: "Realización total de la existencia". Hasta en los orinales públicos, donde la escondían los romanos, ahí estaba: "Si no le temes a Dios témele a la sífilis".

Como los niños

Algún biógrafo, contradiciéndome, dirá que Vicente Gerbasi llegó a Bogotá no exactamente por su vocación poética sino por los azares de la diplomacia. Todos los latinoamericanos sabemos, en efecto, que en el destino de nuestros poetas está escrita la posibilidad de un nombramiento como agregado o consejero cultural en cualquier parte del mundo, y a tal destino no escapó ni el propio Pablo Neruda. Me atrevo a pensar que Vicente Gerbasi debió sufrir la diplomacia como una penitencia en vez de recibirla como un premio, y más de una vez debió sujetar las palabras por la brida, como yeguas indómitas, para evitar que una nota verbal le saliera en verso. Seguramente el presidente, o el ministro que lo nombró agregado cultural en Bogotá, sabía de sobra que estaba enviando un poeta a la helada ciudad donde vivían los poetas. Allí lo conocí.

Tenía en mi propia casa una doble razón para conocerlo, pues mi padre andaba siempre muy cerca de dos clases de personaje: los venezolanos y los poetas. Lo primero se explica de una manera muy simple. Venezuela ha sido siempre para mi familia una segunda patria. Mi padre fue por varios años embajador de Colombia en Caracas, y como tenía un carácter franco y abierto muy recido al de los venezolanos hizo allí amigo de todo

Al regresar a su país, se convirtió en una especie de cónsul honorario de Venezuela. Traía escritores y periodistas venezolanos a trabajar en un famoso semanario del cual era director. Y allí, en aquel periódico, tenían su casa también los poetas del grupo llamado de Piedra y Cielo.

En un país de paz, como era el mío entonces, no había más guerra que la que libraban los poetas piedracelistas contra sus antecesores; no se hablaba de otros atentados que los que se perpetraban contra la lengua castellana, ni de otra nacionalización que la de las metáforas, a fin de dar entrada en la poesía a las garzas, a las palmas, a las guayabas y a los cámbulos expulsando de ella las uvas, las ánforas y los dioses del Parnaso.

De modo que en medio de esta tribu de poetas y de estas diatribas literarias, apareció en Bogotá Vicente Gerbasi. Era un hombre sumamente joven y peligrosamente distraído, con unos ojos claros y diáfanos de niño que nunca, ni siquiera en la vejez, perdieron el asombro. Los verdaderos poetas, suele decir mi mujer, se parecen siempre a los niños, tienen alma de niño, y este fue sin duda el caso de Vicente Gerbasi, a tal punto que su hijo, nuestro querido colega Fernando Gerbasi, debió convertirse con el tiempo, estoy seguro, en el papá de su papá, porque los diplomáticos, como él, conocen muy pronto las virtudes de la prudencia, en tanto que los poetas, los buenos poetas como su padre, rara vez aprenden a manejar la realidad.

De su paso por nuestra capital le quedaron a Vicente unos cuantos hermanos colombianos: poetas como León de Greif, Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez, quienes nunca lo perdieron de vista. Supongo que yo debí ser algo así como un sobrino suyo: un muchacho sumamente tímido, aplastado por un padre simpático y exuberante, que tenía el mismo sigiloso fervor suyo por la literatura. No sólo lo veía en los tumultuosos almuerzos de poetas o de venezolanos que organizaba mi padre, sino también los domingos en el hipódromo, el hipódromo de la calle 53, que hoy sólo queda en la memoria de los viejos bogotanos. No sé qué extraña relación pueda existir entre la hipica y la poesía, pero es un hecho que a más de un poeta le han gustado las carreras de caballos, y los venezolanos aquí presentes habrán adivinado que estoy pensando en Miguel Otero Silva. De modo que allí estaba Vicente, en aquellas únicas tardes de sol, escuchando con atención mis pronósticos de muchacho aficionado, mientras los caballos se colocaban en la línea de largada.

En El Silencio

Imagino que el golpe dado por los militares al presidente Rómulo Gallegos devolvió a Vicente a su modesta vida de poeta, en Caracas. Allí lo encontré de nuevo y de manera absolutamente fortuita. Y no tenía ya 13 ó 14 años sino 17, y había concebido la intrépida aventura, al salir del bachillerato, de no estudiar Derecho sino de irme a descubrir la vida y el mundo en París. Era a la vez de una idea sediciosa y romántica, fomentada sin duda por los poemas de Verlaine, de Baudelaire y de Rimbaud, que yo leía con fervor en el ámbito silencioso de la Biblioteca Nacional de Bogotá, y también por algunas películas de denso clima evocativo como Casa-

"En un país de paz, como era el mío entonces, no había más guerra que la que libraban los poetas piedracelistas contra sus antecesores..."



¿Un diplomático poeta o un poeta diplomático?
(Foto Enrique Hernández D'Jesús)

"Los diplomáticos conocen muy pronto las virtudes de la prudencia, en tanto que los poetas, los buenos poetas, rara vez aprenden a manejar la realidad".

Plinio". Y luego de rescatarme del ignominioso hotel donde había pasado la noche, me enseñó la ciudad. Recuerdo que al anoche- cer estábamos tomando un helado en el sitio donde entonces Caracas terminaba, al este, la fuente de

soda de El Lido. Él hablaba mal de la Junta Militar de Gobierno, mientras los grillos y los sapos tejían en torno nuestro una vasta letanía rural. Aquellos campos, entonces titilantes de luciérnagas y con unas fragancias vegetales que debían ser las mismas de las haciendas de Aragua, han sido sepultados hoy por toneladas de concreto y por kilómetros de barrios y por autopistas en forma de pulpos o de arañas, pues han transcurrido 45 años y Caracas no es la misma ciudad llena de aromas del Avila que el poeta me estaba mostrando.

La voz del inmigrante

Habría podido detenerme aquí, en este recuerdo remoto de Vicente Gerbasi, pero el destino, siempre impredecible, urdiría nuevos encuentros. ¿Cómo podría yo saber, escuchando aquella vez los grillos y sapos de la noche, que mi país muy pronto se hundiría en esa orgía de sangre y horror que los colombianos llamamos púdicamente los años de la violencia; que mi padre partiría para el exilio; que ese exilio duraría trece años en Caracas y que yo lo acompañaría allí, a mi regreso de París? De modo que trabajando en diarios y revistas, con García Márquez, por cierto, yo vería muchas veces a Vicente. Aparecía con ese aire de candor que tienen los poetas cuando traen sus limpias palabras a ese lugar donde suelen ser devaluadas o degradadas por la urgencia, como son las salas de redacción.

No recuerdo cuándo y dónde leí por primera vez *Mi padre el inmigrante*. Sólo sé que me conmovió profundamente, no sólo por su calidad poética sino por esa carga de contenida emoción, la del inmigrante en América, que en manera alguna nos es ajena. Cierzo: antes de que Italia se hubiese revelado a nosotros con el esplendor de sus veranos, de sus colinas y cipreses y campos de girasoles, de sus iglesias magníficas, de sus pueblos color salmón y fresa y sus crepúsculos incendiando cúpulas y llenando el cielo de golondrinas; es decir, antes de que estas visiones se fermentaran en recuerdos, y los recuerdos en nostalgias, éstas nos habían llegado por anticipado en los acordeones, palabras y suspiros de los inmigrantes italianos llegados al otro lado del Atlántico. Había cientos de miles en Venezuela, y eran todos recientemente venidos del Tirreno, de Calabria, de los Abruzzos, de Sicilia, sin saber todavía que un día su corazón estaría divi-

didado, como el del padre Vicente, entre el mundo que habían dejado atrás y aquel donde estaban echando nuevas raíces.

Vicente supo darle a ellos una voz.

"Tu aldea estaba sola bajo la luz del día con nogales antiguos de sombra taciturna, a orillas del cerezo, del olmo y de la higuera. En sus muros de piedra las horas detenían sus secretos reflejos vespertinos y al alma se acercaban las flautas del poniente. Tu aldea estaba sola como la luz del cuento, con fuentes, con gitanos y hogueras en las noches de silenciosa nieve..."

Supongo que estos versos, ahora que los encuentro de nuevo traducidos al italiano, guardan en este idioma su música, que es la misma del agua y del viento en tierras de la memoria.

"Venimos de la noche y hacia la noche vamos", nos recuerda una y otra vez el poema. En este fugaz espacio de luz, que es el de una vida, Vicente Gerbasi ganó su apuesta pues más allá de la noche nos llega aún su voz.

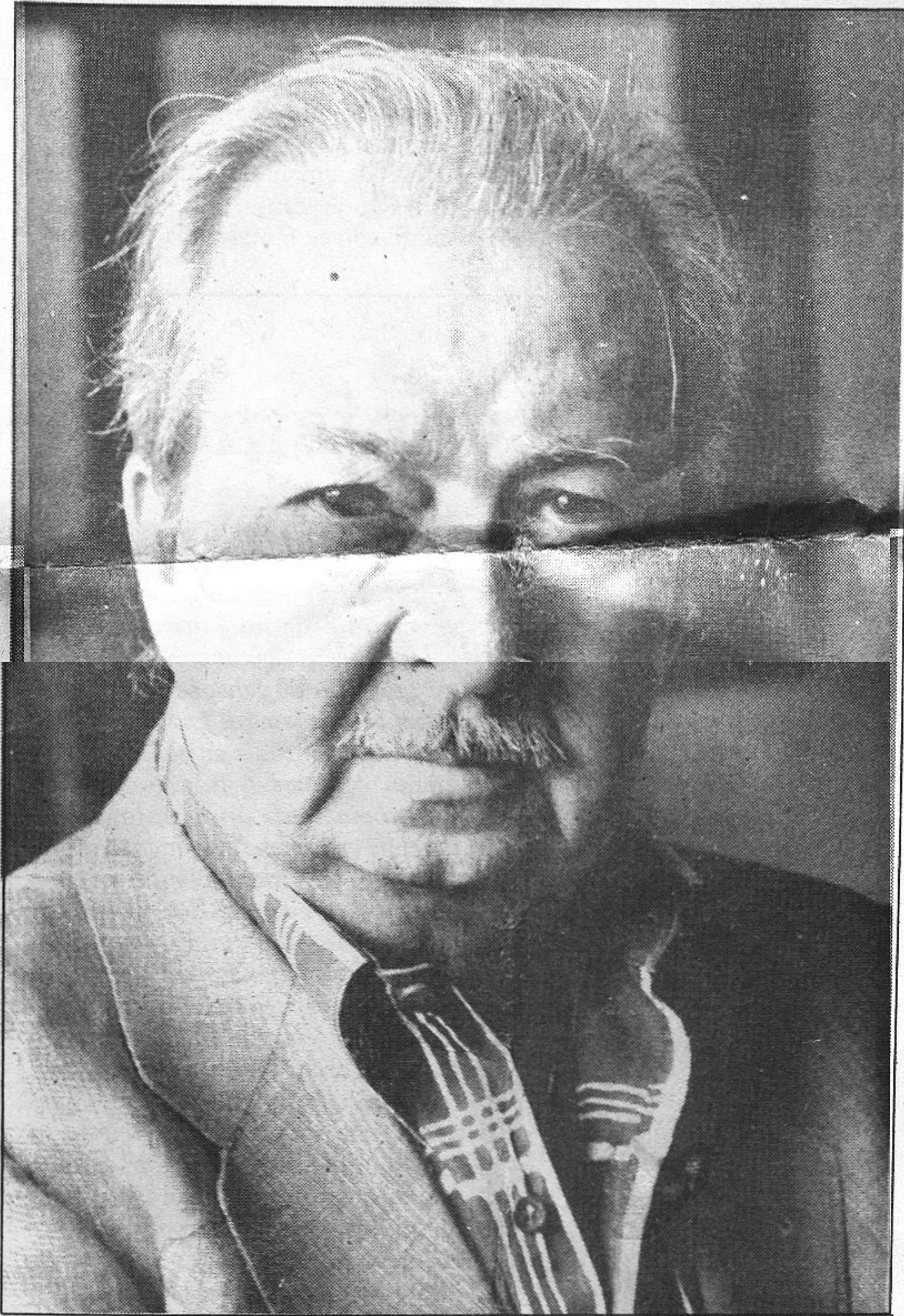
Lo vi por última vez en Bogotá, la misma ciudad donde lo había conocido. Lo traje Fernando, Fernando Gerbasi, cuando era embajador de Venezuela en Colombia.

Como lo dije al principio, la ciudad de lloviznas heladas donde vivían los poetas había desaparecido. No había tranvías, ni campanas sonando en el crepúsculo, ni siquiera los cafés donde se escribían sonetos y se desbarataba el mundo. A la noche habían vuelto muchos de los amigos colombianos de Vicente: De Greif, Carranza, Camacho Ramírez.

Sus fotografías y poemas quedaban en una vieja casa del barrio colonial de La Candelaria, la misma donde en las madrugadas, según García Márquez, "se escuchan los pasos sigilosos de José Asunción Silva, desvelado por el rumor de las rosas". De esta hecatombe de poetas muertos se habían salvado Jorge Rojas, Charry Lara, Carlos Martín, y allí estaban, y en aquella larga sobremesa florecieron de nuevo los poemas, las risas y los chistes, y hubo vino y un sol providencial en las ventanas que miraban a la tarde.

No sabíamos que a la noche volvía también Vicente y que aquella era su despedida.

Luego de estos recuerdos tan personales lanzados a mansalva sobre ustedes, comprendieron al menos por qué considero a Fernando Gerbasi, nuestro colega, el embajador de Venezuela en Italia, como a una especie de primo, y por qué no podía negarme a hacer esta noche en Roma una atropellada evocación de Vicente, su viejo.



Gerbasi, la mirada que captura a los objetos que flotan en la luz.
(Foto Vasco Szinetar)

blanca o El filo de la navaja. Debía ser una época de proyectos heroicos, porque un amigo y condiscípulo del liceo, Camilo Torres, que compartía conmigo en los tristes cafés del sábado en la tarde trémulas consideraciones sobre el sentido de la vida, acababa de meterse a cura, con la misma inspiración iluminada que con 15 ó 18 años después se haría guerrillero y moriría en el monte.

Así que, llegado a Caracas, vivía mi primera noche fuera de casa, estaba en una ciudad todavía desconocida y, para colmo, alojado en un hotel de pésima reputación. Se llamaba hotel o pensión Victoria y estaba en pleno corazón de El Silencio, el barrio céntrico donde me había dejado, viniendo del aeropuerto, el taxi por puestos. De silencio no había nada parecido en aquel barrio, y menos en el hotel, que tenía en los bajos una cantina estrechecida por el estrépito de boleros y guarachas. A medianoche se oía en las escaleras un sospechoso y ligero subir y bajar de tacones femeninos seguido por densas voces de borracho. Cuando al fin, en la madrugada, hubo algo de sosiego, cerrada la cantina, estalló al lado de mi cuarto un drama estremecedor. Había una mujer implorándole al dueño de la pensión que no la echara a la calle por estar retrasada en el pago de su cuarto. Parecía algo leído en una novela de

Dostoiewski. "Señor González —le decía— usted no me puede botar a la calle a esta hora". Si yo no hubiese sido un muchacho tan tímido, habría intervenido dándole algún dinero a la mujer como había visto hacerlo a Tyrone Power en *El filo de la navaja* y como lo había hecho seguramente mi amigo Camilo Torres.

Cuento con detalle este episodio para explicar hasta qué punto fue providencial mi encuentro, al día siguiente, con Vicente Gerbasi. Lo dispuso así la Divina Providencia. Yo había dado una vuelta por el centro de la ciudad, había visto el Capitolio con su cúpula como una gran torta de bodas en medio de árboles rurales, y andaba extraviado y algo desparovierdo en ese hirviente bazar de buhoneros y vendedores ambulantes de El Silencio, cuando apareció Vicente, vestido de blanco, siempre distraído y con esa limpia mirada nansa que debió ser también la de José, el carpintero esposo de María. "Muchacho —exclamó— ¿qué haces aquí?" O, para decirlo a la nanera del Caribe y con una acentación caraqueña: "Muchacho, ¿te tú haces aquí?" Y cuando le dije dónde estaba alojado tuvo una expresión de consternado humor: "Cómo se te ocurre". Y me tomó por su cuenta en aquellos dos primeros días de mi primera aventura por el mundo, cosa que nunca le podría olvidar.

Debí acompañarlo a El Nacional, para dejar un poema, y allí estaba Miguel Otero Silva y tal vez Uselar Pietri, a quienes fui presentado por él como "el hijito de